

RELACIONES ENTRE MUJERES

Gloria Careaga Pérez

INTRODUCCION

Reconstruir la historia desde donde se constituyen las primeras expresiones de las lesbianas se ha constituido en un referente necesario para la mayoría. Las referencias a Safo de la isla de Lesbos como la principal fuente histórica son frecuentes, pero más allá del origen general, muchas lesbianas hoy buscan recuperar la historia propia, desde la conformación de los primeros grupos y de los espacios de encuentro lésbico. Aún así pareciera que se requiere de otro esfuerzo para llegar al reconocimiento amplio de las que formaron los primeros grupos y que, muchas veces desde el anonimato han puesto su vida en el fortalecimiento de otras lesbianas.

La invisibilidad histórica de las lesbianas requiere de un esfuerzo que posibilite el recuperar un lenguaje propio y de su propia definición. Tradicionalmente, apenas han existido términos para designar las prácticas sexuales entre mujeres. El más conocido y usado en diferentes lenguas, desde el Renacimiento hasta el siglo XIX, es el de Tribadas o Tribadismo, palabra griega derivada de Tribo, Tribain, que significa frotar, frotarse (Bonnet, 1995). Tras un período de recuperación literaria de la escritora Safo de Lesbos, Baudelaire divulgó la palabra lesbiana al anunciar en 1846 que su compilación de poemas se intitularía como “Las lesbianas”.

La heterogeneidad y diversidad cultural de cualquier identidad no limita el reconocimiento de la importancia que tiene la identidad sexual en las sociedades modernas. Es trascendente al formar parte nuclear de la expresión del ego y establecer las conexiones entre el cuerpo y el autoconcepto, desde el marco de las normas sociales (Gidens, 1995) e implica una fuerte carga emocional. Cuando se trata de una identidad estigmatizada que no se ajusta al ideal normativo social y sexual, esta carga significativamente se acentúa. En consecuencia, las personas que se descubren en posesión de un atributo indeseable reaccionarán ocultando la información respecto de lo que son, manipulando la tensión que se puede derivar de su revelación, dando lugar a un particular estilo de vida organizado a partir de la ocultación o de la visibilidad de ese atributo.

SER LESBIANA

El primer problema al que se enfrenta una lesbiana es descubrir que lo es. En las sociedades en las que la heterosexualidad y la homosexualidad se piensan como prácticas sexuales excluyentes, ser lesbiana es resultado de un proceso de autodefinición y aceptación que atraviesan por una determinada conceptualización del cuerpo, el autonombramiento y la confrontación de las normas sociales (Gidens, *ibid*). La identidad lésbica se empieza a construir a partir de la diferencia y apela al yo mismo, por lo que, al igual que otras identidades (la étnica, por ejemplo) tienen un gran contenido emotivo. Es decir, tiene que ver más con lo que un individuo siente que con lo que realmente es.

El segundo reto, el proceso de revelación pública de su condición, y el tercero, descubrir quien más lo es, brindaran la posibilidad de interacción con iguales en distintos

espacios. Si bien representa una gran tensión, una vez dado el paso les genera una sensación de libertad, que además les permite acceder a una interpretación alternativa del lesbianismo que les lleva a reconocer el tiempo perdido, proporcionar un significado positivo a su existencia y, crear un sentimiento de pertenencia a un grupo social en el que se experimenta el compartir un conjunto de características.

Sin embargo, no existe una única manera de experimentar el hecho homosexual. La búsqueda del origen se constituye en una preocupación central, para algunas es un determinismo biológico, para otras es una perspectiva personal y psicológica de las relaciones. Incluso para otras, es un posicionamiento político. No obstante, debido a la reacción social (Guasch, 1977) existen denominadores comunes: el alto grado de implicación emocional implícito en el proceso de revelación a los otros evidencia que dicha identidad es fundamental –independiente del valor moral añadido, positivo o negativo – para quienes se adscriben al término. Así, definirse como lesbiana es una cuestión de vital importancia que implica la organización de un entramado de redes sociales con un alto contenido emocional, formado por las similares y un particular estilo de vida basado en la ocultación o en la visibilidad.

Ser lesbiana es un proceso que implica un cambio en la conciencia de las personas implicadas en él. Este proceso implica una transformación individual con una paulatina conciencia de diferencia a través de diferentes etapas (Plummer, 1995) que se organizan según las propias circunstancias: sensibilización, significación, subculturación, y estabilización. Muchas refieren que debido a la invisibilidad y al silenciamiento, cuando empezaron a experimentarse con sensaciones e ideas diferentes –generalmente en la adolescencia-, no contaron con modelos o referentes conceptuales que facilitaran su significación. Entre mujeres, el tema del enamoramiento es recurrente y a diferencia de los hombres gay, no va acompañado ni precedido necesariamente de la realización de juegos sexuales. Algunas llegan a experimentar o definitivamente a rechazarse la posibilidad, otras toman conciencia de la diferencia tras varias relaciones esporádicas e incluso hay quienes recurren al tratamiento terapéutico. Sin embargo, pareciera que los espacios lésbicos de reflexión constituyen la alternativa que les ofrece mejores posibilidades para explorar sus inquietudes y resolver la dolorosa angustia. El reconocimiento mutuo de los procesos y las posibilidades abiertas para experimentar sin grandes sanciones, constituye uno de los elementos claves que éstos les proporcionan para su propia definición.

En este sentido, la identidad de una lesbiana de grupo y la de una de bar se conforman de manera muy diferente. En el grupo tienden a tomar conciencia de la discriminación que enfrentan y se construye el sentimiento de pertenencia a un mundo o estilo de vida diferente al heterosexual, y sobre todo al masculino. Lo que les posibilita a crear una conciencia crítica ante la manifiesta sensación de exclusión, que les impide expresarse al mismo tiempo que les lleva a reclamar el ser tomadas en cuenta.

Los cambios que exigen la toma de conciencia de pertenencia a una categoría social estigmatizada implica que el tiempo que puede requerir una persona hasta que se adscribe a dicha categoría es arbitrario. Puede ser una cuestión de semanas, de meses o una decisión que no lograran tomar a lo largo de la vida o que sólo asumen en determinados ámbitos y ante determinadas personas. Sin embargo, el poner nombre a los propios sentimientos es fundamental, ya que autonombrarse es central para la autoafirmación.

Habr  entonces que comprender los espacios y el tiempo para esta autodenominaci3n. En general en Am3rica Latina, aunque se ha buscado la reivindicaci3n de ciertos vocablos como lesbiana, tortillera o trailera, se observa que las más j3venes aun los rechazan, incluso que hay hoy una tendencia a autonombrarse como gay, tal vez en un afán de mayor modernidad o de expresi3n de mirada internacional. Igualmente, el vestuario ha cambiado, las formas y la presentaci3n en sociedad se han modificado, pero la dicotomía feminidad/masculinidad sigue teniendo sentido en el mundo de las lesbianas. Se tipifica a las mujeres por machinas o femme, aunque hay tambi3n una tendencia importante a la valoraci3n de la andr3gina.

ESPACIOS DE INTERACCI3N

Muchas lesbianas descubren que sus sentimientos de depresi3n y odio hacia sí mismas estaban causados por su soledad y por la gente de su alrededor que descalificaba o atacaba su sexualidad. El hecho de encontrar grupos y espacios de lesbianas puede resolver muchas dificultades sociales, recuperan su expresividad y se sienten capaces de hacer amigas, de flirtear y ser amante, y entrar a formar parte de las redes de apoyo.

En los centros urbanos, la comunidad lesbiana consiste en organizaciones formales creadas para actuar sobre temas que les afectan, bares y caf3s que sirven a la clientela lesbiana, redes sociales privadas. Fuera de las grandes ciudades, las lesbianas son casi invisibles, identificarse es un proceso peligroso y difícil, pero incluso en las grandes ciudades puede ser difícil encontrar a otras lesbianas si no se sabe por donde empezar.

Gay y lesbianas son discriminados por razones similares, pero difieren entre sí en un amplio conjunto de características. Entre este conjunto de características los espacios de encuentro ocupan un lugar importante por ser el elemento básico de cualquier interacci3n.

La mayoría de los locales de ambiente l3sbico carecen, tanto por la decoraci3n como por la conducta manifiesta de quienes acuden a ellos, del carácter marcadamente er3tico de los locales gays. Los l3sbicos, en reproducci3n de la condici3n de g3nero, son sexualmente bastante más discretos, de hecho tal vez s3lo los anuncios de otras actividades o la mesa informaci3n y boletines les denuncian, mientras se van poblando de mujeres que, en las actitudes y expresiones entre ellas, las delatan. Aún así, el culto al cuerpo tambi3n es bastante diferente, acá no se encontrarán fotografías de mujeres desnudas o mostrando determinadas zona del cuerpo, ni cuartos oscuros, ni videos pornográficos. Es decir, no pretenden encuentros sexuales en estos espacios, pero el culto al cuerpo se observa en la vestimenta, los perfumes, los peinados y los accesorios que portan.

Una diferencia más se observa en la agrupaci3n. Las mujeres que frecuentan los bares no suelen llegar solas sino acompañadas por una o varias amigas. Además, el alto grado de informaci3n entre ellas que se maneja confirma que, en el ambiente de mujeres, aunque de forma relativa, se conocen entre sí, ya que participan en entramados de redes sociales similares.

Los espacios de los grupos de reflexi3n, si bien constituyen un importante espacio para la autoaceptaci3n y el desarrollo de habilidades para enfrentar la discriminaci3n, son tambi3n espacios en donde conforman redes sociales e incluso donde establecen

relaciones afectivas y sexuales. Incluso, este último vínculo puede constituirse en una amenaza importante para el trabajo político, ya que al establecimiento de la relación amorosa, necesariamente tienden a buscar espacios propios de convivencia y a “desaparecer” del grupo, por lo menos durante un buen período de tiempo.

RELACIONES DE AMISTAD

La amistad se basa en la sensación de igualdad. Es decir, en la percepción de un intercambio y reciprocidad entre iguales desde una perspectiva ideal que le atribuyen las personas involucradas en este tipo de relaciones. Las expectativas suscitadas alrededor de la sexualidad ocasionan que siempre que se estudia la amistad se excluya en el análisis a lesbianas y gays.

En general, se considera que la amistad no puede ser una continuidad del enamoramiento (Alberoni, 1985), que la atracción erótica se constituye en una amenaza para la continuidad de la amistad. Sin embargo, una amplia mayoría de lesbianas mantiene a las ex amantes como amigas. Incluso en muchas ocasiones no establecen diferencias definidas entre amigas y amantes ya que consideran que una relación de amistad puede tener dimensiones ambivalentes debido a que los límites entre amistad y enamoramiento, sobre todo entre mujeres, no siempre están bien definidos.

De hecho, entre las lesbianas mayores de cuarenta años, sus mejores amigas, las que permanecen desde hace tiempo en sus vidas, y de las que esperan y dan por supuesto ayuda y solidaridad, son aquellas con las que habían mantenido una relación de pareja. De hecho, ocupan un lugar determinante en el sistema de relaciones afectivas. Una posible explicación podríamos encontrarla en la importancia que tiene, entre mujeres, el mundo de las emociones. Por ejemplo, muchas mujeres alcanzan primero la intimidad para, posteriormente, desarrollar la sexualidad y cuando la sexualidad finaliza, la intimidad puede estar aun ahí. Por otra parte, entre lesbianas, existe una larga tradición de relaciones íntimas y afectivas con mujeres que nunca llegan a constituirse en pareja, de modo que la separación de lo emocional de lo erótico no se realiza tan fácilmente.

A pesar de las semejanzas que se pueden establecer entre la amistad lésbica y la heterosexual, la lésbica en su condición de identidad diferencial, necesariamente confronta la idea de solidaridad de la cultura dominante, al encontrarse inmersa en una red de complicidades fundamentales. Además, pone en tela de juicio el carácter solidario de la familia, que desde la sociología se ha considerado como un vínculo incondicional, ya que las lesbianas, como tales, no lo llegan a encontrar.

Además de mantener a las ex parejas como amigas, entre heterosexuales y lesbianas existen tres diferencias más (Viñuales, 1997): para las lesbianas que encubren su identidad sexual y carecen de filiación, las amistades son la única fuente de soporte emocional cuando tiene problemas; al acompañarle en su cotidianidad, las amistades cumplen un importante papel moldeador de la identidad sexual; además la red de amistades lésbicas fortalece la autoestima e identidad de sus miembros.

Este aspecto sexual de la amistad hace que algunos autores, como Nardi (1995) afirmen que las relaciones de amistad homosexual son una forma de familia y tienen una dimensión sexual que cuestiona tanto el significado social de la sexualidad como la construcción de los roles de género.

Las lesbianas, igual que las heterosexuales, basan sus relaciones de amistad en la homofilia: se relacionan con mujeres de similar identidad sexual y similar edad. No obstante, las amistades de infancia y adolescencia con el tiempo son sustituidas por una red compuesta en su mayoría por otras lesbianas independientemente de su posicionamiento público o no, porque con ellas pueden compartir experiencias que de otra manera no podría, conformando un vínculo de complicidad más que de aceptación, decisivo cuando la identidad sexual es importante en la vida de las personas. Compartir la identidad sexual deviene entonces en principio organizador en la elección de las amistades.

En la amistad lésbica se valora más la complicidad que otras cualidades porque es central para la construcción de una identidad lésbica o de cualquier identidad. La complicidad que sólo pueden dar las similares deviene un factor crucial en la construcción de una narrativa positiva acerca de la identidad sexual, ya que brinda la posibilidad de compartir con otras personas todos los sentimientos derivados del hecho diferencial, además de que constituye un elemento crucial en la construcción de un espacio emocional para su seguridad personal.

Aunque de este tipo de vínculo se espera una solidaridad, un afecto y una lealtad que parecen estar por encima de otras consideraciones, como puede ser un pasado compartido, una similar opción política o un parecido nivel de instrucción, no cualquier lesbiana puede ser amiga de cualquier otra. En la práctica seleccionan a sus amigas con los mismos criterios del mundo heterosexual reproduciendo en mucho el sistema social de discriminación e incluso algunas acciones de violencia.

LA RELACION DE PAREJA

La relación de pareja, de amor e incluso de amistad, puede ser el resultado de una serie de encuentros donde la seducción y el cortejo son primordiales. Las transformaciones operadas en los códigos de seducción han influido tanto a heterosexuales como a lesbianas. La mujer lesbiana utiliza parecidas estrategias de seducción que la mujer heterosexual: una determinada manera de mirar y de moverse pueden ser indicadores o estímulos de atracción hacia otra mujer. No obstante la seducción lésbica precisa de un reconocimiento mutuo, de algún indicador que confirme la probable homosexualidad de la otra, sobre todo, en los espacios sociales donde no hay evidencias de la identidad sexual de quienes los frecuentan, a diferencia de los locales lésbicos o gays donde se da por hecho que están entre similares.

Aún así, la exigencia de encontrar una excusa para el abordaje, reduce a veces el intercambio a las miradas ante el temor al estereotipo o al caer en los juegos de roles mostrándose como muy femeninas o muy masculinas. Por supuesto, no todas seducen de la misma manera, algunas van a mirar y a ser miradas, y pocas veces consiguen conectar con otra mujer. Podría decirse que entre mujeres se corteja más que seducen. Una vez conectadas pasan a frecuentarla con la finalidad de establecer una relación de pareja, las llamadas telefónicas, las salidas al café o al cine en general tienden a derivar en una relación de pareja.

La definición de la pareja lesbiana a menudo las identifican como más monógamas que los gays, pero otras autoras prefieren hablar de monogamia seriada. Giddens (1995) considera que las mujeres lesbianas rompen el estereotipo de que las mujeres son por

naturaleza monógamas, a pesar de que un buen número de ellas consideran a la monogamia como un ideal deseable en una relación duradera.

La transición de una relación a otra, dificulta las definiciones, no solo para su análisis, sino para la vivencia misma, algunas mantienen relaciones con amigas, negándose a definir las como amantes o parejas, otras, pasan de amigas a amantes o parejas y posteriormente otra vez a amigas y las hay también quienes experimentan deseos eróticos hacia alguna amiga, sin nunca manifestárselo.

En general podríamos decir que conforman la relación entre sexualidad y afectividad, se enfrentan a la disyuntiva de una relación monógama o promiscua, sin muchas veces, encontrar otras alternativas. Esta disyuntiva constituye también para algunas un posicionamiento en contra de la doble moral que identifican con el juego de poder de la relación heterosexual. Aún así, no necesariamente coinciden con los comportamientos, sino que constituyen ideales que buscan resolver necesidades personales..

En la relación lésbica se reproducen las tipificaciones de novia y esposa. Cuando una relación empieza a compartir espacios y tiempo se dicen novias y cuando el compartir llega a ocupar lugares importantes de exclusividad, que puede llegar a implicar el compartir la residencia, se consideran esposas o casadas. Sin embargo, no todas las parejas que optan por mantener una relación lo comparten todo de la misma forma, no todas establecen el mismo tipo de relación afectiva o sexualmente respecto de otras relaciones.

Generalmente, igual que en las heterosexuales, el establecimiento de la relación las lleva a perderse en la otra, tomando distancia de amistades, del grupo de referencia y a destinar su tiempo libre exclusivamente a la pareja y a construir nuevos grupos –de parejas-. No obstante, más o menos en corto tiempo buscan establecer mecanismos de igualdad emocional y sexual que facilite el desarrollo personal. La involucración afectiva, las relaciones sexuales y la intención de durabilidad podrían constituirse en los ejes que definen a la pareja (Vinales, ibid).

El reconocimiento del grupo de amigas, de las redes de convivencia e incluso de las familias de procedencia acaban por definir la relación.

La mayoría de las lesbianas ante su familia de origen enmascaran la relación justificándola como relación de amistad. Simultáneamente van incorporando a la pareja a los diversos encuentros familiares mientras las familias aceptan, a través del pacto del silencio, esa situación. La aceptación es evidente cuando la familia utiliza el plural que involucra a ambas y ante la preocupación y referencia al no acudir en pareja. Las parejas lésbicas reproducen de manera importante el cuidado familiar, ocupándose de la familia de origen o de la pareja, sin embargo nunca llegan a ser nombradas. La falta de terminología apropiada lleva a que permanentemente jueguen el papel de amiga o se les nombre por el nombre propio, incluso cuando a través de la maternidad, llegan a trascender el lugar de pareja, por el de madre. A pesar del cuestionamiento al sistema de significados del parentesco, la pareja lésbica como parte de esa red de relaciones personales, sociales con intercambios económicos y afectivos, llega a fortalecer los lazos de parentesco. Por otra parte, las parejas lésbicas, que no llegan a ocupar un lugar en sus familias tienden a construir sus propias familias al margen de las de origen.

El establecimiento y la duración de una relación de pareja lésbica se percibe como más llena de obstáculos e inconvenientes que una relación heterosexual ya que carecen de un patrón normativo, de reglas y papeles precisos, y ante la ausencia de modelos y la falta de reconocimiento y soporte social. Los espacios cotidianos –laborales, escolares, familiares- no dan lugar a la manifestación de las inquietudes y problemas que enfrentan, ni expresar libremente la atracción o el deseo sexual que experimentan. Así, es la red de amistades quien da soporte a esa relación y entre complicidades y sanciones van estableciendo y manteniendo la normatividad aceptada, al mismo tiempo que al facilitar la interrelación con actividades e intereses compartidos dan sentido la relación.

Incluso algunas parejas llegan a plantear la pareja abierta. Sin embargo, al visualizar la alternativa desde una perspectiva binomial de cerrada-abierta, resulta aun difícil contar con elementos que den cuenta a la gran diversidad que ofrecen a partir de las diferentes dimensiones : residencia, antecedente heterosexual, descendencia, etc., donde no se puede negar la centralidad de la sexualidad en la definición de la fidelidad. Podríamos decir que lo que define a la relación abierta principalmente, más allá de las prácticas es la decisión de comunicar a la pareja los encuentros sexuales que tiene con otras mujeres.

Aquí podríamos afirmar, que los grupos de reflexión constituyen un aporte importante en la definición de la pareja lésbica, en virtud de la amplia discusión que sobre el tema ofrecen; aunque por supuesto no garantizan que todas las que participan desarrollen modelos alternativos.

En general se valora de forma negativa iniciar un juego de seducción con una bisexual o con una heterosexual por considerar que se corre el riesgo de enamorarse sin ser correspondida.

La ruptura de una relación se produce por actitudes diferentes, por celos, por conflictos en las actitudes hacia el sexo, por deseos de independencia. Esta puede darse también sin motivo aparente, cuando entran en crisis. La vida de la pareja lésbica, al igual que la heterosexual mantiene un ritmo de convivencia y de uso del tiempo libre que puede constituirse en monótono. Ante la falta de apoyo social y familiar, de hijos, no hay motivo que les obligue a enfrentar la crisis. A pesar de mantener el amor y admiración mutuos, la pérdida de la pasión o enamoramiento han deteriorado el interés, lo que resulta sumamente doloroso.

El tema del poder no está ajeno entonces en la relación lésbica, si bien puede no presentarse de manera despótica y autoritaria, sino del poder afectivo que les coloca en una situación desigual y genera insatisfacción con la relación.

La igualdad no siempre se busca desde la revisión de lo afectivo. La evidencia feminista las lleva a revisar las tareas domésticas, los papeles, la distribución de la responsabilidad económica. Algunas incluso plantean la necesidad de independencia a partir de no compartir la residencia y el que la red de amistades las incluya necesariamente en pareja, incluso en evitar actitudes extremas femenino-masculinas. Así en la búsqueda de una relación igualitaria olvidan la gran variedad de formas en que las personas pueden construir poder y diferencia.

La idea popular acerca del carácter genético de la heterosexualidad, a la que se conceptúa como la indicada para el establecimiento de las relaciones de parentesco,

excluye de muchos ámbitos culturales a quienes se definen como lesbianas. Al mismo tiempo, que configura el contexto a partir del cual éstas pueden elaborar una respuesta política.

LA VIDA SEXUAL

La expresión de las prácticas y necesidades sexuales enfrentan un problema central: no nos enseñan un vocabulario con el que nos sintamos a gusto al hablar de sexo. Algunas mujeres incluso no saben lo que quieren de una amante y se teme parecer inexpertas, incluso se sienten culpables o incómodas por experimentar deseos sexuales. Muchas lesbianas se sienten extrañas usando los términos clínicos, y el argot está relacionado con el desprecio por el sexo y de las mujeres, por lo que lo encuentran ofensivo.

El establecimiento de relaciones sexuales se orienta por dos objetivos, el placer del encuentro, o el establecimiento de una pareja. Las que acuden a los locales de diversión con ese objeto no esperan más que el placer del momento. En general son mujeres sin pareja o que mantienen una relación abierta, pero que enfrentan la dificultad de no contar con espacios seguros donde puedan realizar el encuentro.

Que dos mujeres saben con exactitud cómo complacerse sexualmente es una de los mitos que atraviesan al ser lesbiana. El sexo se trata de forma diferente a otras necesidades humanas. La sexualidad es la única capacidad que se supone que poseemos sin haber recibido ninguna instrucción. A las mujeres se les hace creer que se llega a un buen resultado sexual de forma natural cuando se está con alguien a quien se quiere.

Existen varios niveles de monogamia. Algunas mujeres tienen una noción más rigurosa que otras –desde flirteo y besos, relaciones románticas, hasta sexo ocasional-. La monogamia puede dar mucha estabilidad y seguridad que facilita la intimidad profunda. En general la monogamia funciona mejor si hay un amplio acuerdo sobre preferencias sexuales básicas y metas en la vida.

Hay varias clases de relaciones no monógamas. 1) Tener una pareja base y establecer relaciones secundarias que enfrenta la dificultad de encontrar una pareja que acepte relaciones alternativa, resolver los sentimientos hacia las amantes o la ausencia de ellas, resolver los sentimientos de las relaciones informales. 2) Relaciones primarias con más de una compañera, el trío donde se levantan muchas suspicacias ante la creencia de que el vínculo erótico-afectivo fluye entre dos personas.

La poligamia funciona bien para dos clases de lesbianas: las que se excitan con las aventuras eróticas de sus pareja y las que no sienten necesidad de saber de las aventuras de su compañera. La independencia económica y de criterios es también una buena ayuda.

Algunas mujeres encuentran útil redactar los términos de su contrato y acordar su evaluación y renegociación después de un cierto periodo de tiempo.

Las lesbianas que optan por el celibato explican que tiene más tiempo para estar solas, para pensar, para leer o trabajar; para prestar más atención a las amistades, para reconsiderar viejos hábitos y formas de relación con otras mujeres, para curar viejas heridas y para aprender a ser autosuficientes.

Pero cualquier forma de relación, el celibato, monógama o no monógama, no se puede constituir en un seguro contra la soledad.

Un rol que se adopta para relacionarse socialmente no se explicita necesariamente en la sexualidad. La subcultura lesbiana da un gran valor a la iniciativa sexual, a la independencia, a la eficacia, al ánimo de lucha. Las lesbianas femme en general son sospechosas, quizás no sean lesbianas o que fácilmente declinen. Es algo habitual interpretar la práctica sexual por medio del vestuario u otras actitudes, pero estas señales pueden ser difíciles de dilucidar ya que no existe un código suficientemente desarrollado.

A pesar de que persiste la idea de que entre lesbianas se reproducen los roles y las formas de opresión, acusándolas de falta de conciencia políticas y de imitadoras de los modelos heterosexuales, incluso la representación de un modelo machin/femme no implica necesariamente una relación de opresión ya que funciona con mucha más flexibilidad que los estereotipos de género. De hecho ninguna de estas mujeres se sentirían atraídas por una mujer u hombre heterosexual, lo que buscan es un tipo específico de mujer, una lesbiana.

Las lesbianas enfrentan múltiples inquietudes en torno a su sexualidad, algunos problemas sexuales surgen o se magnifican por falta de información, otros se fundan en las creencias sobre la sexualidad de las mujeres y en el descrédito mismo del ser lesbiana.

A pesar de las inquietudes en torno al orgasmo, a diferencia de los datos de Kinsey (1953), que refería que una de cada cuatro mujeres no llegaban al orgasmo, autoras como Califia (1993) afirman que de entre 286 lesbianas, sólo el 2% nunca habían tenido un orgasmo. Entre las mujeres lesbianas es frecuente el reconocimiento de que su primer orgasmo lo lograron a través de la masturbación. Al mismo tiempo que ésta les facilita esa experimentación, les ayuda a identificar las modalidades de la práctica sexual que favorecen su expresión. Sin embargo, las dificultades en la comunicación, los temores a expresarse y los cambios de pareja dificultan una práctica libre que facilite su satisfacción.

La relación entre el afecto y la sexualidad llegan a constituirse en focos importantes de tensión para la estabilidad y satisfacción en la pareja ante las diferencias en la frecuencia sexual y la lubricación, lo que dificulta la negociación y la identificación de alternativas de solución.

Mucha gente considera que el amor entre lesbianas es satisfactorio para las mujeres porque es extremadamente suave y delicado. Así la presencia de irritación y dolor se constituyen en alertas que inhiben la expresión. Sin embargo, muchas veces éstos están asociados también con estereotipos de la relación heterosexual que requieren de una lubricación y estimulación especial para la penetración vaginal o anal, la estimulación del clítoris e incluso para romper con la tensión y falta de oxigenación previos al orgasmo.

En los últimos tiempos el uso de drogas ha constituido un elemento importante en el establecimiento de vínculos y relaciones de pertenencia. Cualquier droga que cambie las sensaciones tendrá efecto también en la sexualidad. La consecuencia es que, después de un tiempo acaban asociando los buenos encuentros sexuales con la droga y llegan a sentirse incapaces sexualmente si no la tienen a la mano. Es difícil saber si la dependencia a la droga se constituye en un elemento de pertenencia social, de dependencia psicológica o de liberación a la presión social, lo cierto es que se requiere de recuperar la seguridad propia para disfrutar sin droga de la sexualidad.

Si las posibilidades para acudir a una terapia sexual son limitadas para la mayoría de la población, la invisibilidad de las lesbianas, los estereotipos sociales, el rechazo social y los prejuicios científicos, constituyen una barrera definitiva para la búsqueda de atención. La identificación de profesionales apropiados se constituyen en una búsqueda aun más complicada que la de la comunidad lésbica y con grandes riesgos.

Si bien cada vez más se abren espacios para la reflexión en torno a la sexualidad, en los grupos, en las redes sociales, aún es necesario romper con estereotipos, no solamente desde las mismas lesbianas, sino de quienes pretenden constituirse en especialistas en el estudio o atención en este campo.

Conclusiones.

El mundo lésbico está circunscrito a un conjunto de círculos que dificultan su reivindicación. Por una parte enfrentan continuamente la homofobia que exige silencio y que a pesar de las manifestaciones, permanentemente reeditan la necesidad de seguir abriendo espacios y confrontar a quienes les silencian.

A pesar de los grandes esfuerzos por lograr su visibilidad, la necesidad de romper con el aislamiento y el sentimiento de soledad para tomar fuerzas y comprender mejor su condición, les exige el encuentro con similares y refugiarse en espacios propios y recurrir a literatura y expresiones culturales propias.

El mundo lésbico a través de su historia ha mantenido una tensión permanente con la normativa dominante, al confrontar de manera consistente el sistema de relaciones y los valores inmersos en la estructura de relaciones afectivas y sexuales. Su distancia de los hombres, como portadores de la hegemonía, cuestiona directamente los valores más sensibles del sistema de relacionamiento vigente.

Necesariamente, la construcción de alternativas de relación exige una mirada a las construcciones lésbicas y la revaloración de su condición.

Referencias bibliográficas.

Bonnet, Marie-Jo, (1995) *Les relations amoureuses entre les femmes*, Colección Opus, No. 16, Odile Jacob, Paris.

Califia, Pat (1993) *El don de Safo. El libro de la sexualidad lesbiana*. Talasa Ediciones, Madrid.

Giddens, A. 1995 *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Colección Teorema, Serie Mayor. Cátedra, Madrid.

Guasch, O. 1997, *Minoría social y sexo disidente. De la práctica sexual a la subcultura*. Laertes, Barcelona.

Plummer, K. (1995) *Telling sexual stories, Power, change and social words*. Routledge, Londres.

Viñuales, Olga (1999) *Identidades lésbicas*. Ediciones Bellaterra. Barcelona. España.